

EN EL TALLER DEL HISTORIADOR

COMENTARIO A LA HISTORIOGRAFÍA
SOBRE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES
EN COLOMBIA (SIGLO XX)

Michael Jiménez

Universidad de Pittsburgh

En memoria de E.P. Thompson (1924-1993)

INTRODUCCIÓN

El ensayo de Mauricio Argüello es una celebración por un libro que...

MOVIMIENTOS SOCIALES Y CIENCIAS SOCIALES EN COLOMBIA

Como una guía segura en medio de la aún incipiente trocha que recorre la historia social contemporánea en Colombia, Archila señala varias áreas importantes de investigación. Primero, su revisión de la literatura sugiere una agenda para la reflexión crítica sobre la historia de las ciencias sociales en el siglo XX en el país. Aunque el autor reconoce la importancia de tempranas obras producidas por intelectuales como Luis E. Nieto Arteta y Luis Ospina Vásquez, y activistas como Ignacio Torres Giraldo, se centra en escritos posteriores a 1960. Escudriña cuatro aproximaciones importantes en los tres últimos decenios para el estudio de la acción colectiva de grupos subalternos: 1) Las corrientes desarrollista y de la modernización dominadas por metodologías funcionalistas; 2) el “paradigma leninista” con su problemática voluntarista; 3) corrientes dependientistas influidas por la lógica estructuralista; y 4) la reciente articulación de tendencias “post-estructuralistas” preocupadas por la subjetividad, la cultura y la identidad.

Al analizar cómo ha sido aplicada cada una de estas aproximaciones a la acción colectiva de obreros, campesinos y otros sectores populares, este ensayo da las bases para una radiografía de las ciencias sociales en Colombia. Insinúa que las distintas etapas de investigación sobre los movimientos subalternos reflejan una sucesión de coyunturas políticas específicas de los últimos tres decenios, desde el reformismo de los años 50 y 60, pasando por varios proyectos de izquierda de los 60 y 70, hasta la más reciente recuperación del pensamiento y la práctica radicales, en general, y el “post-estructuralismo” en particular. El comentario de Archila revela que los intelectuales colombianos, específicamente aquellos preocupados por los movimientos sociales, fueron profundamente influidos por las luchas ideológicas que se vivieron en las Américas y en el mundo durante este período tumultuoso.

Pero cualquier proyecto lanzado por la provocativa revisión de Archila sobre las ciencias sociales en décadas recientes, debería considerar tres aspectos importantes. Primero, tal estudio podría ser algo más que la genealogía intelectual sugerida en el ensayo. Los entornos particulares del pensamiento social deben ser analizados en términos de cambios más amplios y de larga duración en las instituciones educativas, ligados con el

mundo exterior y la naturaleza de las comunicaciones dentro del país, y el papel de los intelectuales en la sociedad colombiana. Por ejemplo, al notar el papel clave jugado por los contextos no académicos en el estudio de los nuevos movimientos sociales (incluyendo el papel de las ONG) Archila sugiere la importancia de la relación entre las instituciones académicas y no universitarias (v. gr. centros de investigación separados o débilmente conectados con las universidades) en la producción y difusión del conocimiento. Lanza, con acierto, una pregunta fundamental acerca de la relación entre la investigación académica y la apelación política, pregunta que nos llama la atención en esta época de especialización creciente y de limitación en los proyectos de crítica intelectual dentro o fuera de la academia.

Segundo, Archila hace distinciones muy agudas entre las cuatro etapas identificadas en el estudio de los movimientos sociales, en particular las tres primeras (modernización, leninismo y dependentismo-estructuralismo). Desde una perspectiva "post-estructuralista" cautelosa, plantea, sin hacerlo muy explícito, que algunos de los aspectos que han sido vistos como elementos comunes, usualmente por razones políticas, son aproximaciones muy separadas y compartimentadas en las ciencias sociales. Por lo menos tres podrían mencionarse en relación con el estudio de los movimientos sociales: 1) transiciones particulares de épocas (v. gr. de lo tradicional a lo moderno; del atraso al desarrollo; del feudalismo al capitalismo) se han visto como altamente determinantes de la acción colectiva de los sectores subalternos; 2) La tendencia a mirar los movimientos sociales como si fuesen determinados por procesos estructurales externos ha resultado comúnmente en la objetivación de los grupos subalternos. En esta perspectiva, tales movimientos han sido interpretados, con frecuencia, como respuestas casi mecánicas a fuerzas políticas o económicas externas, ya sea el ciclo económico, cambios en el modo de producción, o en la lógica del capital o del Estado en coyunturas dadas; lo que Thompson llamó "la visión espasmódica de la historia social"¹; y 3) La ausencia de entidad de los grupos subalternos se reafirma por la

1 E.P. THOMPSON, "The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century", en *Customs in Common: Studies in Traditional and Popular Culture*, New York, New Press, 1993, pág. 185.

identificación, en las tres primeras aproximaciones, de actores externos que desde fuera imponen los libretos para la acción colectiva de obreros, campesinos y otros grupos sociales. Si los de abajo son acusados de “subversivos” o “vanguardias” importa poco, dada la visión común de que quienes hacen parte de los movimientos sociales son constantemente arrastrados por luchas políticas más amplias. Archila ilustra este punto en su discusión sobre la forma como, por ejemplo, la historia de obreros y estudiantes ha sido consistentemente fundida con la de la izquierda en el siglo XX en Colombia.

Finalmente, el ensayo ignora las continuidades entre el pensamiento tradicional de la élite colombiana sobre los de abajo en los siglos XIX y XX y las aproximaciones “científicas” a los movimientos sociales discutidas por Archila. Los desarrollistas, dependentistas y leninistas no solamente tienen elementos en común, sino que comparten con la élite concepciones de la política y la sociedad desarrolladas desde la Independencia. Por ejemplo, el ideal liberal de la transición a la modernidad —apropiado de diversa manera por liberales y conservadores— encontró eco en los modelos reformistas y revolucionarios de cambio social que a partir de los años 60 fueron utilizados para explicar la política y la vida social de los grupos subalternos. No se necesita leer en profundidad el pensamiento social de las clases altas colombianas para percibir esa curiosa combinación de menosprecio e idealización de los de abajo que se refleja en muchos de los escritos sobre el potencial de las clases bajas para explotar anárquicamente en respuesta a la pobreza o para demostrar su espíritu nacionalista. O, para este caso, podemos considerar el constante temor de los pensadores de la élite, desde los primeros días de la República, acerca de la inclinación del pueblo hacia los tenebrosos agitadores externos o la necesidad de que los hombres de virtud y sabiduría (sean éstos los sumos sacerdotes del reformismo desarrollista o los cruzados del socialismo revolucionario) lo guiaran a la tierra prometida.

LAS HERRAMIENTAS DEL TALLER DEL HISTORIADOR: CONTEXTOS RELACIONALES

El desafío central para los historiadores sociales, en el ensayo de Archila, radica en cómo contar la historia de aquellos colombianos cuya vida cotidiana y sus momentos de acción colectiva han sido olvidados por mucho tiempo. A lo largo de su revisión bibliográfica, extrae al menos dos

tipos de herramientas que pueden servir de base para fortalecer lo que parece ser una rica tradición académica que emerge en la Colombia contemporánea: 1) la amplia variedad de contextos en los cuales surgen las relaciones sociales y las identidades; y 2) la diversidad de ideas y prácticas por medio de las cuales los grupos subalternos entienden el pasado y el presente, y proyectan visiones de futuro².

Archila es el estudioso colombiano que más ha logrado acercarse a la sensibilidad y a los métodos del historiador social inglés E. P. Thompson, y quien a la vez ha buscado integrar los análisis sociológicos y antropológicos en su trabajo. En ese sentido, en su ensayo, repetidamente enfatiza la importancia de los *contextos relacionales*, definidos por Somers como "relaciones disputadas e imitadas entre la gente y las instituciones... (una) matriz estructural similar a una red social"³. Cuatro categorías principales de contextos relacionales pueden indentificarse en la discusión, las cuales aportan bases para un acercamiento comprensivo a la historia de la acción colectiva desde abajo y a la historia social más amplia. Debo anotar que estos contextos no son, en la experiencia social real, discretamente compartimentados y que ellos pueden tener mayor o menor significación para los actores sociales según las diferentes coyunturas.

El primero de esos contextos está relacionado con lo espacial y lo geográfico. Archila identifica varias instancias en las cuales *contextos ecológicos* juegan un rol mayor en la emergencia de los movimientos sociales. Ciertamente, diferencias en este aspecto entre grandes ciudades industriales como Medellín y un enclave como Barrancabermeja explican la emergencia de diversas vertientes de la cultura y la política obreras, como el autor ha mostrado en su propia investigación. De igual forma, la importancia de las fronteras se ha convertido en un tema clave en la historia social colombiana, como lo ilustra el creciente número de estudios sobre procesos de colonización en sus múltiples trayectorias regionales que moldean la sociedad y la cultura de los pobres del campo en forma sustantiva. Y, finalmente, un buen grupo de escritos sobre movimientos

2 La discusión en este punto se inspira en el artículo de la socióloga norteamericana MARGARETH E. SOMERS, "Narrativity, Narrative Identity and Social Action: Rethinking Working-class Formation", en *Social Science History*, vol. 16, núm. 4, invierno 1992, págs. 591-630.

3 *Ibid.*, pág. 609.

cívicos se centran en la variedad de contextos urbanos en Colombia, tanto en términos de diferenciación regional como en las diversas fases del proceso de urbanización. La rica interacción entre ambientes naturales y socialmente construidos se convierte, entonces, en un objeto importante de búsqueda para los historiadores que intentan determinar cómo han sido forjadas las relaciones sociales y las identidades culturales en el siglo XX. En consecuencia, la creciente atención a los factores espacial y geográfico ha abierto caminos hacia una visión más diferenciada del pasado reciente, lejos de las limitadas perspectivas nacionalistas que dominaron buena parte de la historiografía durante los tres últimos decenios, en particular aquellas interpretaciones históricas con mayor acento economicista.

Esta lectura de la literatura sobre movimientos sociales indica una reevaluación de los procesos económicos y de las estructuras que forman las relaciones sociales. Como historiador laboral, Archila permanece atento al papel de la producción en la formación de los intereses y comportamiento de clase; en este sentido, específicamente, recomienda poner todavía más atención a la diversidad de empresas y de procesos de trabajo que ocurren en esos contextos. Pero este ensayo también sugiere que los *contextos económicos* deben ser definidos de manera menos mecánica de lo que sugiere la aproximación a los modos de producción.

La discusión sobre los movimientos estudiantiles implica la necesidad de considerar a las universidades como lugares donde se produce y transmite conocimiento; esto plantea también el punto de la formación de las clases medias en Colombia en este siglo. Sin embargo, además de complicar los contextos de producción, el autor descubre, en su revisión bibliográfica, razones para prestar cuidadosa atención al intercambio económico y a los mercados.

Recordando la idea de E. P. Thompson sobre la "economía moral", sugiere que la historia social de los movimientos campesinos podría ser enriquecida por análisis sobre la diversidad de relaciones mercantiles en la Colombia rural; la misma idea podría ser aplicada a las ciudades donde, por ejemplo, pueden encontrarse vínculos importantes entre la llamada "economía informal", los entornos de la protesta social y la organización de los pobres urbanos. Esto sugiere también un detallado examen, por parte de los historiadores sociales, de las formas y patrones de consumo en la ciudad y el campo. Nuevas luces sobre participantes de clases bajas y medias en los movimientos sociales (los movimientos cívicos son un

buen ejemplo en este punto) redundará probablemente en mayor conocimiento sobre la forma en la cual ellos han actuado como consumidores en una creciente red de mercados que se extiende desde las aisladas localidades hasta el sistema internacional a lo largo de este siglo.

Archila demuestra una flexibilidad similar en su comentario sobre los contextos políticos que han moldeado las relaciones sociales en el pasado reciente. Rechaza la satanización de la política por parte de escritores como Alain Touraine y critica la dicotomía, comúnmente asumida, entre sociedad civil y Estado. Pero Archila advierte correctamente contra la fusión de los movimientos sociales con las historias de los partidos tradicionales y de las organizaciones de izquierda. A la vez, su ensayo sugiere que los contextos políticos deberían ser entendidos en dos niveles: primero, siguiendo el modelo de Henry Landsberger para el estudio de los movimientos campesinos, recalca la importancia de las dinámicas internas de la acción colectiva de los grupos subalternos; en efecto, las microhistorias de los movimientos como tales deberían ser cuidadosamente estudiadas por los historiadores. Y segundo, también llama la atención sobre el papel del Estado en la formación de la política subalterna durante este siglo.

Desde las estructuras jurídicas y las reglas enfrentadas por los colonos de las fronteras hasta los controles burocráticos ejercidos sobre los sindicatos, la evidencia debería llevar a los académicos a hacer una cautelosa valoración de las instituciones legales colombianas, la cultura y los complicados procesos de formación del Estado. A su turno, la modalidad y el grado en los cuales los grupos subalternos, individual y en especial colectivamente, imprimen su propia huella a las instituciones políticas nacionales, desde los partidos hasta los procedimientos y organismos gubernamentales, permanece como una gran área abierta a la investigación. El trabajo de Zamosc sobre la ANUC es pionero en este sentido⁴.

Archila exhorta con frecuencia a sus colegas a enfrentar lo que se ha convertido recientemente en una preocupación importante para los científicos sociales colombianos: la Violencia. El anota que la vasta litera-

4 Véase LEÓN ZAMOSC, *La cuestión agraria y el movimiento campesino en Colombia*, Bogotá, UNRISD-CINEP, 1987.

tura sobre este episodio crítico ocurrido durante los 40 y 50, generalmente ha descuidado el papel de los movimientos sociales. Esta preocupación es acertada, aunque mucha de la literatura sobre fronteras que él cita comenzará a rectificar el fuerte acento funcionalista que aún se percibe en los estudios sobre la Violencia. Desafortunadamente, evita hacer un llamado similar en el caso del más reciente fenómeno de los movimientos armados. Colocándose en una estrecha y limitada definición de movimientos sociales como “orientados hacia el consenso”, Archila evita colocar los episodios guerrilleros más contemporáneos en la agenda investigativa junto a los obreros, los campesinos y otros actores involucrados en las demandas colectivas. Esto le impide acercarse a problemas históricos claves como los orígenes y la naturaleza del agrarismo revolucionario entre algunos segmentos del campesinado, la impronta de la cultura y de la política de las clases medias en grupos insurgentes como el M-19 y las organizaciones guerrilleras como fenómenos multiclasis⁵.

Finalmente, el ensayo de Archila representa un llamado a colocar, por igual, el género, la familia, la sexualidad y factores generacionales dentro de la agenda de los historiadores sociales colombianos. Cita numerosos casos en los cuales los contextos de género se podrían considerar como elementos que moldean la acción colectiva subalterna. Archila recomienda el estudio de Luz Gabriela Arango sobre las textileras como un modelo de “introducción del género” en la historiografía de la clase obrera. Esto no debería ser asunto exclusivo ni de “la historia de las mujeres” ni de “la de los hombres” —lo que significaría una historia desde una perspectiva particular de género— sino más bien una lúcida aplicación del género como una poderosa categoría en la construcción de la nueva historia social⁶. También invita a sus colegas historiadores a investigar la organización del hogar, la vida de familia, la infancia y la socialización. Por último, señala que el estudio de los movimientos estudiantiles debería poner mayor énfasis en los aspectos generacionales de

5 Esto fue sugerido por WILLIAM RAMÍREZ TOBÓN, “La guerrilla rural en Colombia: ¿Una vía hacia la colonización armada?”, en *Estudios Rurales*, vol. IV, núm. 2 (mayo-agosto), Bogotá, 1981.

6 JOAN W. SCOTT, *Gender and the Politics of History*, New York, Columbia University Press, 1988, ofrece el esquema para un proyecto investigativo de esta naturaleza.

esas protestas que contribuyeron a las mezclas particulares de confrontación ideológica y choque cultural en distintos momentos del siglo XX.

HERRAMIENTAS DEL TALLER DEL HISTORIADOR: LAS NARRATIVAS SOCIALES

Como mencionamos antes, Archila hace importantes distinciones en su ponencia entre la historia de los partidos (y de la izquierda en particular) y los grupos subalternos, los cuales fueron frecuentemente el objeto de intervención por parte de actores políticos provenientes de las élites y de las clases medias. Esta apreciación apunta a un segundo instrumento para el rediseño del proyecto de historia social colombiana, lo que aquí llamaremos *narrativas sociales*. La preocupación de Archila por la “representación” hace eco de la planteada por Somers. En la visión de ella, el concepto de narrativa social puede servir a la historia social en tres formas. Primera, los contextos relacionales generan entendimientos históricos, significados existenciales y visiones del futuro que a veces convergen y a veces entran en conflicto. En otras palabras, las narrativas sociales son construidas social e históricamente. Segunda, aquellas narrativas sociales crean identidades que establecen fronteras simbólicas entre grupos sociales. Tercera, ellas propagan ideas acerca de la libertad y la servidumbre, derechos y responsabilidades, amor y odio, justicia y explotación, ley y desorden, en fin el repertorio de conceptos que sirven como guía para la acción colectiva y como elementos para la confrontación social. Finalmente, estas narrativas proveen los fundamentos por medio de los cuales se desarrolla la acción colectiva. En efecto, ellas integran contextos organizacionales, reglas institucionales, procesos con metas claras, y tácticas y estrategias de movimientos sociales.

Las narrativas sociales en el siglo XX en Colombia son numerosas y diversas, como lo sugiere el comentario de Archila. Pero al menos dos amplias categorías pueden ser identificadas de forma arbitraria por los historiadores que buscan entender cómo los integrantes de los movimientos sociales han creado significados: la política y la cultura.

Las narrativas que han predominado entre los historiadores colombianos han tenido que ver con la construcción de la ciudadanía y la nacionalidad. De una parte, el temple de las instituciones republicanas ha influido fuertemente en el conjunto de movimientos subalternos; los colonos de frontera, por ejemplo, han proclamado repetidamente sus reivin-

dicaciones contra los latifundistas y el Estado en términos de derechos de propiedad garantizados por la misma Constitución⁷. La debilidad de la nacionalidad como discurso anti-imperialista en el caso colombiano puede ser contrastada con la mayor importancia que recibe en otros países latinoamericanos durante este siglo. Esta circunstancia dice mucho, por supuesto, de la poca inversión directa extranjera y de su débil intervención en este país, aunque la aparición de trabajadores de enclave y de un amplio resentimiento político, debido al episodio de Panamá, ha sido notable.

El regionalismo también puede ser visto como una especie de narrativa política que encuentra expresión en los movimientos sociales. De nuevo, la experiencia de colonización de frontera en Colombia se ha prestado a esta clase de representación, poco separatista, pero que a menudo delimita un territorio y provee formas culturales muy específicas, como en el caso de las guerrillas de los Llanos durante los tempranos años 50. Es útil preguntarse también si para los trabajadores industriales en diversas partes del país y en diferentes coyunturas las identidades regionales oscurecen a aquellas basadas en la nación o en la clase.

La más poderosa expresión de las narrativas políticas ha sido el singular sistema partidista de Colombia. Las narrativas partidistas (o bipartidistas) han jugado un papel significativo en establecer fronteras dentro de la sociedad colombiana con consecuencias muy crueles. Pero ellas también han aportado el ámbito para las demandas dentro de los grupos de clases populares. Archila correctamente alerta a los historiadores contra la total fusión entre movimientos sociales y partidos políticos. Sin embargo, es importante tener en mente que, con frecuencia, los grupos subalternos hacen uso creativo de los lenguajes y las ideas de la política desarrollados por la élite, aunque estos no sean nunca de su completa propiedad. Esto, por supuesto, complica el papel de la izquierda en la historia colombiana, la cual, a la larga, bebió mucho de la misma fuente de la narrativa política. Sin desconocer el importante, pero quizás quijotesco, esfuerzo por construir narrativas políticas e ideológicas alternativas,

7 Esto está ampliamente demostrado por CATHERINE LEGRAND, *Colonización y protesta campesina en Colombia: 1850-1950*, Bogotá, Universidad Nacional, 1988. Véase también ELSY MARULANDA, *Colonización y conflicto: Las lecciones del Sumapaz*, Bogotá, Universidad Nacional, 1991.

tales como el anarquismo y el anarco-sindicalismo, hay poca duda sobre el dominio que el ideario republicano tuvo sobre el lenguaje político y los significados en la mayoría de los contextos relacionales.

El otro conjunto de narrativas, designadas aquí como *culturales*, han sido estudiadas menos adecuadamente por los historiadores de los movimientos sociales. La religión ha sido una "terra incognita" para la historia social colombiana, a pesar del reconocido peso de la fe y de las instituciones eclesiales en los grupos subalternos. Por ejemplo, el rol del protestantismo en el surgimiento de los movimientos subalternos, desde los tiempos de los activistas laborales hasta las recientes luchas cívicas, permanece inexplorado. Se sabe que la teología de la liberación ha sido menos influyente en Colombia que en otros países de Latinoamérica, pero aún permanece mucho por descubrir acerca del rol de nociones populares de cristianismo en la protesta social durante los últimos decenios o incluso antes. Este descuido puede deberse a que, hasta hace poco, los científicos sociales habían guardado distancia de este punto crucial de las narrativas culturales, por razones ideológicas o por falta de acceso institucional. En cualquier caso, ellos han fallado en indagar cómo la espiritualidad, la fe, el ritual y la cultura organizacional religiosa han dejado su marca en la acción colectiva de los grupos subalternos durante la historia colombiana del siglo XX.

Lo étnico constituye otra narrativa cultural que adquiere un lugar de importancia en la agenda de los historiadores sociales contemporáneos. Como la religión, ha estado silenciado en la historiografía por razones relacionadas con la definición de la nación por la historia patria y sus modernos sucesores. Archila alude a este fenómeno en su observación sobre los movimientos indígenas en recientes decenios. El, sin embargo, no incluye ninguna referencia a la extensa investigación de episodios de protesta, por ejemplo, en la parte sur del país, a principios de siglo. El clásico estudio de Diego Castrillón Arboleda sobre Manuel Quintín Lame y los más recientes trabajos de Gonzalo Castillo Cárdenas, Joanne Rappaport, María T. Findji y J. M. Rojas proveen una introducción crítica a este importante problema⁸. Así mismo, se necesita más investigación sobre la

8 DIEGO CASTRILLÓN ARBOLEDA, *El indio Quintín Lame*, Bogotá, Tercer Mundo, 1973; GONZALO CASTILLO CÁRDENAS, *Manuel Quintín Lame. En defensa de mi raza*, Bogotá, Comité de Defensa del Indio, 1971, Introducción; JOANNE RAPPAPORT, *The Politics of Memory: Narrative Historical Interpretation in the Colombian Andes*, Cambridge, Cam-

experiencia afro-colombiana en este siglo. En ambos casos, el comportamiento racial es visto comúnmente conformado por el cruce entre episodios regionales y de clase en la acción colectiva.

Las narrativas de género en la historia social colombiana también permanecen en la sombra, como lo muestra Archila a sus colegas. Los patrones patriarcales cruzan todas las clases sociales y han sido compartidos durante largo tiempo por hombres y mujeres. Ellos han tenido un significativo, aunque poco reconocido, impacto en la formación y en la trayectoria de los movimientos sociales. Tanto la diferenciación ideológica entre hombres y mujeres, como el rol marginal comúnmente asignado a las últimas, producen historias mucho más complejas de las demandas y protestas que las que implicaban las nociones de lucha de clases y movimientos cívicos⁹. Basta recordar la forma como María Cano tuvo que negociar la cuestión del feminismo o de los derechos de las mujeres dentro de la izquierda revolucionaria de los años veinte y treinta, para apreciar la definitiva influencia del género en la formación de una tradición disidente durante este siglo. Igualmente se plantea un conjunto de asuntos similares en lo que Archila identifica como “nuevos movimientos sociales”, incluyendo los estudiantes, entre quienes, desde los cincuenta para acá, hay un creciente número de mujeres.

De las narrativas culturales, la clase, por supuesto, ha recibido la mayor atención de los historiadores sociales. El mayor énfasis se ha puesto sobre la clase obrera y en menor medida sobre el campesinado. Desde el principio de este siglo, los trabajadores en las ciudades y enclaves de exportación llegaron a verse a sí mismos como una clase, un proceso que Archila en su libro *Cultura e identidad obrera* examina con mucho detalle. Las persistentes referencias a la “clase obrera”, “clases trabajadoras”, o el “proletariado” indican la importancia de la clase en la creación de solidaridad, en establecer las bases para la vida organizacio-

bridge University Press, 1990; y MARÍA T. FINDJI y J. M. ROJAS, *Territorio, economía y sociedad Paez*, Cali, CIDSE-Universidad del Valle, 1985.

9 Para algunas observaciones preliminares sobre este punto con relación a los campesinos, véase MICHAEL JIMÉNEZ, “Mujeres incautas y sus hijos bastardos: Clase, género y resistencia campesina en la región cafetera de Cundinamarca (1900-1930)”, en *Historia Crítica*, núm. 3 (enero-junio), Bogotá, 1990, págs. 69-84; y núm. 4 (julio-diciembre), Bogotá, 1990, págs. 71-84.

nal de los trabajadores (principalmente a través de los sindicatos) y en la identificación de los adversarios que se colocan en la vía de lo que fue percibido como sus intereses sociales. Curiosamente, la idea de clase fue tan elástica en el contexto colombiano como para servir de puente entre los trabajadores urbanos y los campesinos en varios puntos. Hasta cierto punto, el radicalismo colombiano del siglo veinte tuvo profundas raíces sociales en el campo, aún en el caso de los discursos públicos que hacían eco de imágenes y lenguajes de los trabajadores urbanos. Esto sugiere no sólo una historia sobre obreros mucho más compleja que la hasta ahora contada, sino también una experiencia mucho más rica para los campesinos. Casi no se necesita añadir que las clases medias, en calidad de subalternas, tienen que ser también estudiadas por los historiadores sociales, muchos de los cuales están aún atrapados por el dualismo señalado antes. Sin un genuino entendimiento de sus contornos sociales, su cultura y política, la total complejidad de las narrativas de clase permanecerá oculta¹⁰.

En la intersección entre narrativas sociales y políticas en el siglo XX colombiano yace un discurso persuasivo: el referido a lo popular. En su discusión sobre los movimientos cívicos, Archila insinúa que los historiadores sociales deben prestar más atención a esta noción socio-política. Desde los movimientos artesanales de principios de siglo, siguiendo con los apoyos de la clase obrera al Estado en los años 40, hasta llegar a los más recientes paros cívicos, la narrativa popular se reconstruyó continuamente, llegando a ser el argumento central en los desafíos al orden dominante. Esta narrativa ha poseído la cualidad de ser flexible por más de un siglo. Ella ha articulado simultáneamente lo nacional y lo regional, ha usado la clase para incluir y para excluir, ha apoyado y debilitado las formas liberales de ciudadanía y ha abrazado un amplio espectro ideológico. Indudablemente, la historia de los movimientos sociales colombianos se enriquecería mucho más con un cuidadoso análisis de lo popular y sus relaciones con las otras vertientes narrativas del pasado reciente del país.

10 HERBERT BRAUN, en *Mataron a Gaitán*, Bogotá, Universidad Nacional, 1987, ofrece una propuesta para el estudio de las clases medias colombianas.

CONCLUSIÓN:

HACIA UNA NUEVA ECONOMÍA POLÍTICA
E HISTORIA SOCIAL

Estos dos marcos importantes —*contextos relacionales y narrativas sociales*— extrapolados del ensayo de Archila, pueden inspirar y guiar a la nueva historia social en Colombia. Pero hay que tener cuidado en el uso de ideas y métodos sugeridos por la aproximación “post-estructuralista”, en la cual se apoya Archila para desarrollar sus críticas a los modelos desarrollista, leninista y dependentista. Él es consciente, por supuesto, de los límites del “post-estructuralismo”, como lo ilustra en su sistemática crítica a Alain Touraine, al comienzo de su ensayo¹¹. Las preocupaciones de Archila, en alguna forma, son paralelas a las planteadas recientemente por Charles Bergquist¹². Tanto la ponencia de Archila como la polémica de Bergquist, aportan las bases para un uso crítico del “post-estructuralismo” en la gestación de la nueva historia social colombiana.

La variedad y complejidad de los contextos relacionales no debería oscurecer las amplias transformaciones ocurridas en la economía, la sociedad y la política en el siglo XX. La vida cotidiana refleja continuidades y cambios significativos en el orden social que los historiadores tienen la obligación de discernir, como insiste Bergquist. Sin sufrir la llamada “crisis de representación”, el capitalismo permanece como una poderosa categoría de análisis que puede ser enriquecida más que golpeada por el “post-estructuralismo”. Ciertamente un uso acrítico de los contextos relacionales generaría, posiblemente, una multitud de estudios parroquiales desde las historias políticas municipales hasta los patrones regionales de vestido, danza, enamoramiento y hábitos alimenticios. Esto podría conducirnos a un alejamiento de las tareas interpretativas generales que han sido el elemento central de la tradición intelectual crítica que han alimentado Archila y otros.

11 Véanse Capítulos 1 y 2 de ALAIN TOURAINE, *América Latina. Política y sociedad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989, para una clara afirmación de su posición.

12 CHARLES BERGQUIST, “La historia laboral latinoamericana desde una perspectiva comparativa. Observaciones acerca del carácter insidioso del imperialismo cultural”, en *Estudios Sociales*, septiembre de 1989, págs. 11-26.

Pero este marco —contextos relacionales— puede también aportar una herramienta excepcionalmente poderosa para revelar las múltiples dimensiones del capitalismo. El dominio del capital puede entenderse mejor a través de un cuidadoso análisis de los vínculos entre los contextos económicos y los políticos en diversos espacios ecológicos. También esta aproximación permitiría una visión más clara del alcance y la profundidad de las relaciones de mercado, reconociendo efectivamente las continuidades y discontinuidades entre una economía global de intercambio desigual y las economías local, regional y nacional. Además, los contextos relacionales pueden ser usados para analizar la compleja matriz de relaciones de género y de etnia, las estructuras legales y el conjunto de factores que, lejos del punto de vista de la producción, modelan la mercantilización del trabajo humano. Finalmente, como insiste Bergquist, el uso crítico del capitalismo como categoría histórica permite comparaciones con otros países y regiones.

Esta postura podría, por ejemplo, ayudar a retomar la Violencia que, como categoría histórica amplia, ha sido reemplazada por las violencias, enfatizando los conflictos locales y regionales. Pero, como Archila sugiere, una agenda investigativa y un acercamiento interpretativo que conecten la Violencia con la reestructuración del capitalismo en esos años, podrían estar al orden del día¹³. Esto también aportaría los mecanismos para ubicar el caso colombiano en la más amplia coyuntura de la posguerra en América Latina¹⁴.

13 EDUARDO SÁENZ ROVNER, *La ofensiva empresarial*, Bogotá, Uniandes-Tercer Mundo, 1992, ofrece los fundamentos de una interpretación más amplia de este período en términos del rol de las élites. Su trabajo requiere de estudios más regionales sobre élites y violencia para completar y rehacer las interpretaciones de nivel nacional. Un excelente ejemplo de esta propuesta es MARY ROLDÁN, "Guerrillas, contrachusma y caudillos en Antioquia, 1949-1953", en *Estudios Sociales*, núm. 4 (marzo), 1989, págs. 55-86.

14 Algunos de los más serios acercamientos al período de la posguerra en América Latina están en proceso, como lo ilustra el volumen editado por LESLIE BETHELL e IAN ROXBOROUGH, *Latin America between the Second World War and the Cold War, 1944-1948*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993. La ausencia de un capítulo sobre Colombia en este volumen refleja el marginamiento persistente de este país con relación a las corrientes más amplias de investigación, por parte tanto de académicos del Atlántico Norte como de los colombianos.

Existen precauciones y ventajas similares en el uso de las narrativas sociales. Archila, muy acertadamente nos advierte sobre la tendencia “post-estructuralista” a generar discursos desintegrados (tales como la polaridad sociedad civil-Estado) que oscurecen el complejo tejido de relaciones sociales y políticas; también parece compartir la preocupación de Bergquist sobre la posible distancia de los académicos con relación a los problemas del poder y la autoridad sugeridos por algunos usos del “post-estructuralismo”. El desafío es, por supuesto, examinar cómo las diversas narrativas sociales arriba descritas refuerzan o debilitan las estructuras de dominación en la sociedad colombiana durante este siglo.

En este aspecto, el trabajo del crítico literario y marxista británico Raymond Williams, puede ser de gran ayuda¹⁵. La provocativa lectura que Williams hace del uso gramsciano de hegemonía, sugeriría que estas narrativas, en ciertas coyunturas, refuerzan la cultura “dominante”. En otras circunstancias, ellas encuentran expresión en culturas “alternativas” que permiten el escape del control total de las élites, pero que en últimas no desafían el monopolio del poder por parte de éstas. En unas pocas oportunidades, las narrativas sociales subyacen en las culturas “opositoras” que amenazan el orden social. Esta estructura analítica aporta un cuadro útil para examinar cómo el sistema bipartidista, y el liberalismo en particular, sirven tanto de vehículo para mantener la hegemonía elitista como para debilitar el orden dominante en momentos claves de la historia colombiana.

Los historiadores están en un constante balanceo entre la empatía con la reconstrucción del pasado y la generalización sobre amplios patrones de relaciones sociales a lo largo del tiempo. Los investigadores en este campo relativamente nuevo —los movimientos sociales en el siglo XX— enfrentan obstáculos formidables, como Mauricio Archila ha mostrado, al desarrollar las herramientas para acometer esas dos metas. Su ponencia es un taller de un artesano que entrega estas herramientas para la recreación de la historia de los ignorados, desconocidos, marginados, desaparecidos y destruidos en el pasado del país. Más aún, su esfuerzo representa otro paso en esta coyuntura política e intelectual tan crítica para la resurrección y reconstrucción de una tradición de economía política radical que cayó

15 RAYMOND WILLIAMS, “Base and Superstructure in Marxist Cultural Theory”, en *Problems in Materialism and Culture*, Londres, Verso Press, 1980, págs. 31-49.

en desgracia con la emergencia de las ciencias sociales y la “economización” del marxismo, a finales del siglo XIX¹⁶. El reciente llamado que Florencia Mallon hace a los historiadores sociales norteamericanos se aplica igualmente a los colegas colombianos que hoy buscan una salida teórica y metodológica similar:

La tarea inmediata... no es la construcción apresurada de nuevos paradigmas “correctos” —entendidos como intentos de despachar las anomalías problemáticas y los cuestionamientos como si fueran externalidades vanas— sino la redefinición de paradigmas como propuestas abiertas pero comprometidas para encontrar principios de unidad y patrones de significados entre los fragmentos¹⁷.



16 Como ejemplos de esta clase de resurrección de la economía política en una vena histórica, véase ERIC WOLF, *Europe and the People without History*, Berkeley, University of California Press, 1982; y WILLIAM ROSEBERRY, *Anthropologies and Histories: Essays in Culture, History and Political Economy*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1989.

17 FLORENCIA MALLON, “Dialogues among the Fragments”, en Frederick Cooper y otros, *Confronting Historical Paradigms*, Madison, University of Wisconsin Press, 1993, pág. 372.

